



“El hombre maya en el universo de *kinh*”

p. 97-112

Miguel León-Portilla

Tiempo y realidad en el pensamiento maya. Ensayo de acercamiento

Cuarta edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

218 p.

Ilustraciones, mapas, cuadros

(Serie Culturas Mesoamericanas 2)

ISBN 970-32-0631-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/118/tiempo_realidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

V. EL HOMBRE MAYA EN EL UNIVERSO DE *KINH*

No fueron los sacerdotes y sabios del periodo clásico maya los únicos ni los primeros en ocuparse del tema del tiempo en el ámbito cultural de Mesoamérica. Bien conocido es que antes en regiones relativamente cercanas a la que llegaría a ser el área maya, hubo otros pueblos poseedores ya de diversas formas de calendarios. Las inscripciones en las “estelas de los danzantes”, procedentes del antiguo horizonte de Monte Albán I en Oaxaca, muestran que quienes allí vivieron empleaban, desde varios siglos antes de la era cristiana, la que había de conocerse como “cuenta de los días”, *tzolkin* entre los mayas, *tonalpohualli* para los nahuas y *pije* para los zapotecas.⁸²

Del rumbo de las costas del Golfo, cuna probable de la cultura madre mesoamericana, provienen asimismo inscripciones en que parece haberse adoptado ya el valor de los números en función de su posición: la célebre estela C de Tres Zapotes, Veracruz, en la que verosímelmente se lee una fecha equivalente al año 31 a. de C., así como la estatuilla de Tuxtla que registra una data que corresponde al año 162 d. de C. Y finalmente cabe mencionar, entre otras estelas provenientes del área cultural de Izapa (Chiapas), la encontrada en el Baúl, Guatemala (estela I o “Herrera”), con una inscripción al parecer 256 años anterior a la del más antiguo monumento maya que se conoce con cómputos calendáricos que es la estela 29 de Tikal (292 d. de C.).⁸³

Bien claro dejan ver estos hallazgos que el empeño por computar los ciclos del tiempo se originó y difundió en Mesoamérica con anterioridad al florecimiento clásico de los mayas. Y que no

⁸² Véase Alfonso Caso, “Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán”, en *Obras completas de Miguel O. de Mendizábal*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. I, p. 113-145, y Alfonso Caso, “Zapotec Writing and Calendar”, en *Handbook of Middle American Studies*, Austin, University of Texas Press, 1965, v. 3, p. 931-947.

⁸³ Véase el estudio de Michael D. Coe, “Cycle 7 Monuments in Middle America: a reconsideration”, en *American Anthropologist*, v. 59, 4, p. 597-611, y Michael D. Coe, “The Olmec style and its distributions”, en *Handbook of Middle American Studies*, Austin, University of Texas Press, 1965, v. 3, especialmente p. 756-763.

fueron ellos los únicos que cultivaron el saber calendárico y cronológico nos lo muestran, asimismo, incontables testimonios dejados por sus contemporáneos, los pueblos del Altiplano Central, los del área de Oaxaca y, en una palabra, las gentes todas de cultura superior en el contexto mesoamericano. Pero si los sabios mayas del horizonte clásico no fueron ni los primeros ni los únicos que consagraron su atención al tema del tiempo, sí fueron los que con el más obsesionante interés desarrollaron esta que pudo haber sido herencia en común de la antigua cultura mesoamericana, hasta llegar a crear sistemas cronológicos con módulos y cómputos de una precisión que hoy nos parece casi inverosímil.

En toda su fuerza la obsesión maya del tiempo se hace presente desde los comienzos del horizonte clásico, por lo menos desde el siglo III d. de C. Indudablemente que el pleno dominio de sistemas calendáricos como el de la serie inicial, que pronto empieza a difundirse por todo el ámbito de las tierras bajas del área maya, presupone una larga evolución. Cabe así pensar que los pobladores preclásicos de estas tierras, al igual que los de las costas del Golfo y los de la región de Oaxaca, participaron también de algún modo en la invención de los más antiguos sistemas calendáricos o al menos fueron de los primeros en hacerlos suyos. El hecho es que los comienzos del horizonte clásico maya coinciden, y éste es uno de los elementos principales que lo caracterizan, con la erección de estelas y monumentos en los que se conserva el primer testimonio del desarrollo extraordinario que habrían de alcanzar en los cómputos del tiempo. Pero lo más sorprendente de los afanes cronológicos de los sabios mayas, junto con sus casi increíbles aciertos de rigurosa precisión, es el carácter de una constante que tuvo su absorbente interés por el tiempo, sin solución de continuidad, lo que con razón ha sido considerado como “rasgo o *patrón* clave” en su evolución cultural.⁸⁴ Por ello inquirir acerca del sentido más hondo que tuvo para los mayas el tiempo y sus cómputos equivale a buscar lo que tal vez fue el alma de su cultura.

Muchas son las posibles formas de acercamiento a las connotaciones que tuvo la concepción del tiempo en el pensamiento y la simbología que desarrollaron los antiguos sabios. Nuestro punto de partida ha sido encontrar si hubo o no, entre los mayas, alguna manera de concepto cuyo contenido se refiriera, en

⁸⁴ Evon Z. Vogt, “The genetic model and Maya cultural development”, *op. cit.*, p. 35.

su peculiaridad propia, a la realidad para ellos primordial del tiempo. De existir este concepto, sobre todo en el pensamiento de los sabios, quedarían testimonios de él en el lenguaje mismo en los glifos, la simbología y los textos.

Nuestra búsqueda, referida no sólo a los mayas de épocas tardías sino inicialmente a los del horizonte clásico, atendió en primer lugar a la lingüística. Con base en recientes estudios comparativos de las lenguas mayances, pudimos encontrar una voz, que por tener cognados o términos afines en la totalidad de los idiomas de esta familia, muestra ser una de las que formaron parte del más antiguo caudal del proto-idioma original. Ese vocablo, al que tantas veces hemos aludido, es *kinh*, con las connotaciones de sol, día, tiempo, constantes e idénticas en todas las lenguas de esta familia.

La confrontación de la voz *kinh* con el complejo de las inscripciones y la simbología, a partir del periodo clásico, nos ha permitido, además de percibir la frecuente reiteración de este concepto, vislumbrar algo de la riqueza de su contenido semántico. Como ya se ha dicho, las variantes jeroglíficas de *kinh*, tanto en las inscripciones de sentido calendárico como en contextos o cláusulas no cronológicas, cuentan entre las más frecuentes, según lo han mostrado Zimmermann y Thompson en sus sendos catálogos de glifos. La ulterior persistencia de muchas de las variantes glíficas de *kinh* en los códices y la simbología del periodo postclásico, así como las alusiones y símbolos afines en los textos mayances más tardíos, han mostrado la continuidad básica, por encima de diferencias secundarias, de esta antigua forma de concepción maya del tiempo.

Atendiendo así a los testimonios procedentes de las principales etapas que marcan la evolución de esta cultura, pudimos ampliar el estudio de lo que constituyó el núcleo de significaciones inherentes a este concepto al parecer fundamental. *Kinh*, el sol, es al mismo tiempo el viejo rostro de una deidad primordial: él es quien hace el día y el calor, penetra luego por los pisos del inframundo para reaparecer por el oriente y ascender de nuevo por las regiones celestes. La suma de sus ciclos, de su incansable ir y venir por todos los planos del mundo, es precisamente el principio y la esencia de los periodos del tiempo. Los meses o veintenetas, los años, los *katunes* y el conjunto de todos los ciclos, por ser a su vez tiempo, consecuencia de las jornadas del sol, participan también como él de la naturaleza y los atributos de la divinidad. Los jeroglíficos y la simbología dan prueba

de esto: todos los periodos de tiempo no sólo están presididos por sus correspondientes deidades, sino que ellos mismos son personificaciones divinas. Y también los numerales, que acompañan a los glifos de los varios ciclos, ostentan rostros de dioses porque ellos son los portadores del tiempo.

Kinh, el ámbito temporal que sin cesar crea el rostro anciano de la deidad solar, hace posible a través de sus ciclos la llegada de todos los otros dioses-periodos que, con ritmo y medida propios, traen consigo diversas formas de cargas, sinos buenos y malos, con los que se tiñe y permea la realidad entera en sucesión que nunca termina. Las deidades de los números, los meses, los años, los *katunes* y los *baktunes*, hacen su entrada, y al llegar a su término, pasan su carga a los otros dioses que llegan. Los ciclos de *kinh*, el tiempo que fluye sin cesar, harán posible el retorno de los distintos dioses-periodos. Por esto interesa a los sabios, para conocer el futuro, computar cuáles han sido las posiciones y recurrencias de los dioses en momentos del pasado, algunos de ellos alejados cientos de millones de años.

Las edades cósmicas que han existido, los “soles”, son precisamente los días grandes de *kinh*. A través de ellos ha renacido la tierra, deidad con figura de monstruo, el mundo de las ceibas primigenias, el universo de colores con sus pisos celestes y la morada de los muertos. Por obra de *kinh* todo está inmerso en la atmósfera de un tiempo que se hace presente y tiñe con la influencia de sus cargas los cuatro rumbos del mundo. Los rostros de los dioses-periodos sucesivamente se orientan por los grandes cuadrantes, determinando el destino y la vida de los humanos y de todo lo que existe. El espacio, y lo que en él hay, adquiere su verdadero sentido por obra de los ciclos de *kinh*.

Así llegó el hombre maya a concebir su universo desde este peculiarísimo punto de vista de la atmósfera cósmica de *kinh*. Pero, si quedó como hipnotizado por el tema del tiempo, su actitud frente a él no fue nunca pasiva. En función de esta que llamaremos su *cronovisión* del universo, simultáneamente desarrolló sus cálculos y sus sistemas calendáricos, descubriendo nuevos módulos que hacían posibles ajustes y correcciones de precisión no sospechada. Y con ello nació y fue creciendo también su propia concepción religiosa, distinta y única en el ámbito mesoamericano.

Porque aunque es cierto que el panteón de los mayas, sus creencias, sus ritos y ceremonias, presentan muchas veces manifestaciones semejanzas respecto de instituciones paralelas de pueblos como los del Altiplano Central, de las costas del Golfo o de la

región de Oaxaca, un más detenido examen permite asimismo descubrir diferencias fundamentales. Sabemos que desde el horizonte clásico adoraron los mayas, como los otros pueblos, a deidades cuyos atributos eran la lluvia, el maíz, el viento, a aquellas otras que comunican su ser a la tierra y a las realidades celestes, al sol, la luna, la estrella grande y también al inframundo, la región de los pisos oscuros donde moran los muertos. Conceptos paralelos a los de las naciones vecinas fueron también el de los cuadrantes cósmicos, las regiones de los distintos colores y de los árboles primigenios, así como el de las edades o soles a través de los que ha existido el universo. Finalmente, muchos de sus ritos y ceremonias, regidos por las dos más conocidas formas de calendario, la cuenta de 260 días y el año solar, fueron asimismo posesión en común que denuncia parecida participación en antigua herencia cultural.

Pero, por encima de todas estas semejanzas y de otras que podrían también aducirse, existió entre los mayas, y más que nunca entre los del periodo clásico, un peculiar enfoque que determinó una concepción radicalmente distinta. Sus sabios no sólo relacionaron a sus dioses con los momentos del tiempo que caen bajo su especial protección y en los que hay que hacer ritos y sacrificios en su honor. Para ellos el tiempo mismo fue la realidad primordial y sin límites, la deidad de los múltiples rostros, periodos o ciclos, que en jornadas alternantes y con la posibilidad de retornos en un ámbito que no alcanza término, comunican su carga a todos los planos y a todos los rumbos del mundo. Por esto precisamente *kinh*, el más obvio de los rostros, el que actúa en las regiones celestes y en los pisos inferiores, el que determina y vivifica las grandes edades o “soles” del universo, quien es en sí el tiempo, adquiere en el pensamiento de los sabios lugar principal.

Extraordinarias representaciones plásticas de esta concepción nos ofrecen varias estelas esculpidas durante el horizonte clásico en Yaxchilán. Como lo nota Spinden⁸⁵ al describir la parte superior de la estela 10, en ella tenemos una imagen de la realidad celeste: en el lugar central, por encima de la cruz de *kan* (agua-jade) y de otros símbolos celestes, aparece el viejo señor de la nariz roma, *kinh*, el tiempo que todo lo gobierna. A ambos lados, en dos cuadretes simétricos, se hallan otras tantas deidades, probablemente el sol y la luna, cada uno con su cetro que remata en sendas máscaras,

⁸⁵ Véase Spinden, *op. cit.*, p. 69-76 y lámina LI.

efigies asimismo del sol. Abajo de los cuadretes y como unidos al marco de los símbolos celestes se ven de cada lado tres rostros, todos ellos variantes de la misma figura del ojo solar y el colmillo prominente. Los rostros de los extremos laterales parecen salir de las fauces estilizadas de los conocidos ofidios (figura 26).

Contemplado en su conjunto el bajorrelieve ostenta cuatro sectores, los dos cuadretes superiores y los dos grupos de rostros abajo, con *kinh* en el centro apoyado en la franja de signos celestes, los que, al descender a ambos lados a manera de marco, imprimen armoniosa unidad a la imagen del mundo superior. El universo de los rostros y las máscaras de *kinh* alcanza así su más cabal expresión. El sol y la luna, el mundo de los astros y las

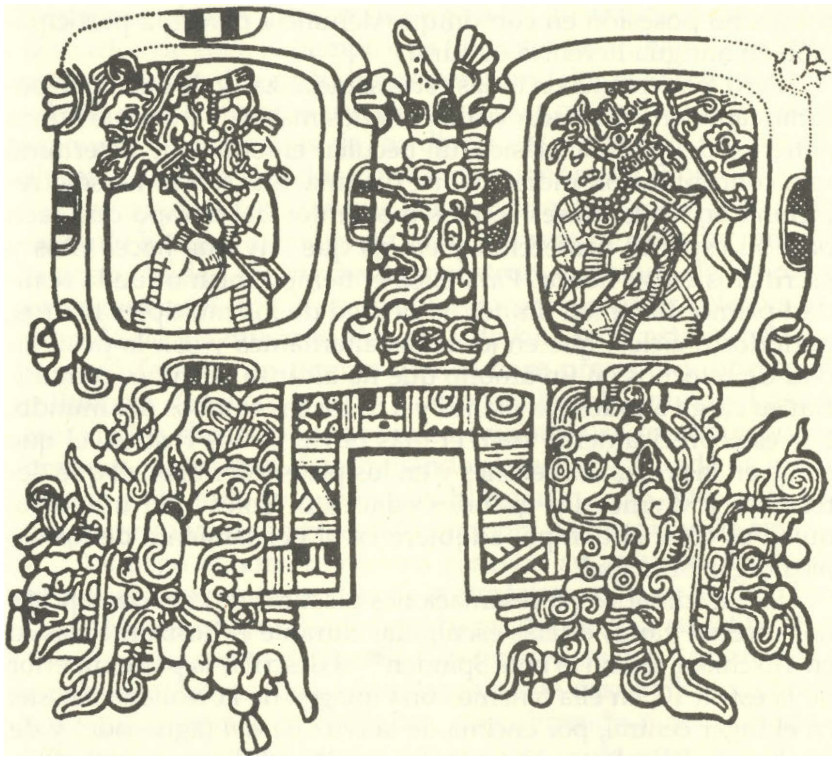


Figura 26. El universo de *kinh*. En el centro el rostro del dios del ojo solar y el colmillo prominente. En los cuadretes laterales, dos deidades probablemente el sol y la luna, con cetos que rematan en otras tantas máscaras de *kinh*. Abajo, y también a ambos lados, como saliendo de la franja de símbolos celestes, dos grupos de tres rostros con la misma efigie de *kinh*.

(Parte superior de la estela 10 de Yaxchilán)



Glifos de figuras completas: “deidades portadoras del tiempo”. Estela D de Copán. La lectura es 9 *baktunes*, 15 *katunes*, 5 *tunes*, 0 *uinales*, 0 *kines*, 10 *Ahau*, 8 *Ch'en* (Tomado de Thompson, *Maya Hieroglyphic Writing*)



Glifos de estuco con las datas 9 *baktunes*, 14 *katunes*, que forman parte de la inscripción de una serie inicial. Proceden de Palenque. Museo Nacional de Antropología, México



Glifo de estuco con la data 3 *Pop*, que forma parte de la inscripción de una serie inicial. Procede de Palenque. Museo Nacional de Antropología, México



Figura completa, portador de periodo. “El Palacio”, Palenque. Museo Nacional de Antropología, México

otras deidades-periodos, muestran atributos y figuras afines porque, al igual que *kinh* que preside el conjunto, participan todos en la misma realidad primordial del tiempo que, como atmósfera cósmica, invade y permea al universo.

Quizá como persistente vestigio de esta vieja concepción, originada en el periodo del mayor florecimiento, encontramos entre los mayas del Yucatán postclásico la importante jerarquía de sacerdotes que hacen suyo el título de *ah kinob*, “los del sol”, que podría también entenderse como “los del tiempo”, los que revelan al pueblo algo del misterio inherente a las deidades-periodos y al universo de *kinh*.⁸⁶ Para quienes concibieron esta doctrina del tiempo como realidad primordial, al igual que para los que más tarde habrían de preservarla, la adoración y el culto a los dioses, que son los distintos periodos, quedó para siempre aunada con los cómputos que llevan a descubrir los ciclos de acción, las llegadas y salidas, las conjunciones, de los rostros-deidades.

Con un celo en el cual, desde el periodo clásico, se confunden ciencia y afán religioso, los sabios observan el movimiento de los astros para afinar la precisión de sus cómputos. Muchas veces han caído en la cuenta de que sus medidas no corresponden de manera exacta a los ciclos de manifestación o de conjunción de los varios dioses que se hacen presentes. Por esto se empeñan en descubrir nuevos módulos y encontrar fórmulas de corrección en sus cálculos calendáricos. Medir el tiempo, atinar con la multiplicidad de sus ciclos, conocer las relaciones de éstos, computar sus momentos en el pasado por remotos que fueran, es para ellos suprema forma de sabiduría, la única que acerca al hombre al misterio de la divinidad.

Las consecuencias de sus esfuerzos, al menos en parte, nos son conocidas. En el plano del pensamiento religioso surge la más inusitada concepción de una mitología que se va entretejiendo con base en los cómputos. Ciencia pura sería el saber de los mayas acerca del tiempo, si se eliminara de él su absorbente connotación religiosa y lo que hoy llamaríamos su aplicación astrológica. Pero como históricamente existió, en su intrínseca relación con un universo concebido como manifestación de *kinh* y de todos sus rostros, hubo de cristalizar en lo que quizás podría designarse como forma única de religión y mitología *matematizadas*.

⁸⁶ Es significativo que el título de *ah kin*, originalmente referido a esta jerarquía de sacerdotes mayas, se aplicara durante la Colonia a los ministros del evangelio, portadores del nuevo mensaje divino. (Véase Bernardo de Lizana, *Historia de Yucatán*, citado por Tozzer, *op. cit.*, p. 27, nota 148.)

Confirmación de esto la tenemos en los jeroglíficos que son expresión de sus cómputos. No ya sólo *kinh*, el tiempo, sino también los signos y la simbología de los días, los meses, los años, los *katunes*, todos los distintos periodos y también los numerales mismos, son rostros o atributos de dioses. Y a la inversa, el ser de las deidades, sus momentos de acción, la periodicidad de sus ciclos, su orientación en el espacio, sus sinos y conjunciones son a su vez medidas de tiempo, guarismos acompañados de símbolos, unidades matemáticas, en fin, que es necesario computar para propiciar y adorar la realidad integral del universo de *kinh*.

Por eso entre las formas de adoración durante el periodo clásico probablemente ocupan lugar principal la erección de estelas y la inscripción en ellas y otros monumentos de los cómputos precisos que consignan las distintas jornadas de los dioses portadores del tiempo. Y otro tanto podría añadirse respecto de las célebres piedras de los *katunes*, durante la época postclásica. Una recordación de esto la tenemos en la “Memoria de los *Katunes* de los *Itzaes*” (*Crónica* III), en donde se habla de la colocación de estas piedras:

12-*Ahau*, fue tomada su piedra en Otzmal,
10-*Ahau*, fue tomada su piedra en Sisal,
8-*Ahau*, fue tomada su piedra en Kancabá,
6-*Ahau*, fue tomada su piedra en Hunacthi,
4-*Ahau*, fue tomada su piedra en Atikuk,
2-*Ahau*, fue tomada su piedra en Chacalná...⁸⁷

Y refiriéndose a esta misma forma de culto, escribe Diego López de Cogolludo:

Llegando estos lustros a cinco, que ajustan veinte años, llamaban *katún*, y ponían una piedra labrada sobre otra labrada, fijada con cal y arena en las paredes de sus templos y casas de los sacerdotes, como se ve hoy en los edificios que se ha dicho y en algunas paredes antiguas de nuestro convento de Mérida...⁸⁸

Y al explicar Landa el orden y forma como eran venerados estos “marcadores” de los *katunes*, nota algo que viene a corroborar la idea de las deidades-periodos que van pasando sus cargas unas a otras:

⁸⁷ Barrera Vásquez, *El libro de los libros...*, p. 72.

⁸⁸ Cogolludo, *op. cit.*, t. I, p. 337.

Tenían en el templo dos ídolos dedicados a dos de estos caracteres. Al primero, conforme a la cruz del círculo arriba contenido (la rueda de los *katunes*), adoraban y hacían servicios y sacrificios para remedio de las plagas de sus 20 años y en los 10 años que faltaban de los 20 primeros, no hacían sino quemarle incienso y reverenciarle. Cumplidos los 20 años del primero, comenzaban a seguirse por los hados del segundo y a hacerle sus sacrificios, y quitado aquel primer ídolo, ponían otro para venerarle otros diez años...De manera que veneraban a estos sus *katunes* 20 años y 10 se regían por sus supersticiones y engaños...⁸⁹

Como en el periodo postclásico había caído ya en desuso el sistema de la serie inicial, el culto ligado a los monumentos conmemorativos del tiempo se refería así especialmente a los distintos *Ahau*, los rostros solares en que concluía cada uno de los *katunes*. En el caso de las estelas clásicas, en cambio, al registrarse periodos mucho más amplios, se veneraba a la conjunción de los rostros en un momento determinado de la cuenta larga, o gran sistema de referencia al universo de *kinh*. Como lo nota Thompson, al resumir la lectura de la inscripción cronológica de la estela D de Copán, los sacerdotes y sabios, al consignar en ella el resultado de sus cálculos, que era lo mismo que acercarse al misterio de los ciclos de la divinidad, dejaron en sus signos lo que podría leerse de la siguiente manera:

La cuenta de los *tunes* (los años). La diosa de la luna es quien preside. El dios *Chicchan* lleva la carga del *baktún*. El dios terreno del plano de los muertos lleva el *katún*. El dios de la tierra lleva la carga del año. La deidad que simboliza completamiento quita su carga al *uinal* y ha recorrido su jornada con el *kin*. El dios de los muertos descansa tras llevar a cuestras al dios *Ahau*. Y nuestro joven divino del maíz igualmente ha alcanzado el fin de su recorrido con *Ch'en* a sus espaldas.⁹⁰

El reconocimiento y la adoración implicados por el registro de los ciclos tienen todavía otro sentido que parece necesario destacar: las inscripciones cronológicas son también en sí mismas los grandes capítulos en los cuales se describe la *historia* de un universo cuya esencia es el tiempo. Por medio de ellas los sabios fijan y relacionan con el mundo espacial el recuerdo de los momentos más significativos en el devenir inherente a *kinh*. Su sa-

⁸⁹ Landa, *op. cit.*, p. 206.

⁹⁰ Thompson, *Maya Hieroglyphic Writing*, p. 153.

ber sobre el tiempo, teñido como está de religiosidad, de mitos y de aplicaciones astrológicas, es empeño de comprensión, por la vía de las observaciones y los cálculos, de la que se piensa como realidad omnipresente y cíclica, con alternancia de fuerzas que determinan el acontecer en una historia por encima de todo, cósmica y divina a la vez.

Desde este punto de vista podrá entenderse mejor la insistencia de los sabios por destacar en sus crónicas la intrínseca relación entre las cargas y sinos propios de determinados momentos-deidades, y los hechos y consecuencias que de ellos se derivan para los seres humanos. Así, para recordar un ejemplo, aduciremos el que proviene de la primera crónica incluida en el *Chilam Balam de Chumayel* y que ha sido señalado ya por Roys. Se refiere éste al sino propio del *katún 8-Ahau* que trae siempre consigo durante el lapso de un milenio la fuerza que obliga a los *itzaes* a cambiar el lugar de su residencia:

El *katún 8-Ahau* recurría aproximadamente cada 256 años, y durante mil años, cada vez que se presentaba un *katún* con este número, los *itzaes* se vieron forzados a abandonar sus hogares, independientemente del que pudiera ser el lugar en que estuvieran viviendo en ese tiempo determinado. A fines del siglo VII d. de C. fueron expelidos de Chichén Itzá, después de su primera ocupación de esa ciudad. A mediados del siglo IX tuvieron que abandonar Chakanputún. A fines del siglo XII, de nuevo fueron arrojados de Chichén Itzá por Hunac Ceel. A mediados del siglo XV, Mayapán fue saqueada y destruida. Y aunque sea muy extraño, en un *katún 8-Ahau*, a fines del siglo XVII, los españoles conquistaron el último baluarte *itzá* en Tayasal, lo que constituyó el fin de esta notable nación.⁹¹

Casos como éste en que, para el pensamiento de los sacerdotes, resulta manifiesta la relación entre los sinos de los *katunes*, y en general entre las cargas de los distintos periodos y los acontecimientos humanos que son su consecuencia, debieron corroborar su concepción del tiempo como determinante universal. El antiguo afán de encontrar en el calendario las medidas de los ciclos agrícolas y los momentos en que han de ser propiciados los dioses, obtiene así un sentido todavía más amplio. Acertar con los módulos de *kinh*, conocer el orden de sus alternancias, investigar cuáles han sido sus cargas a través del pasado, permi-

⁹¹ *The Book of Chilam Balam of Chumayel*, p. 136, nota 3.

ten predecir sus recurrencias en el futuro. De este modo el pensamiento religioso con apoyo en las observaciones y cálculos, aún su peculiar manera de historia cósmica y divina con el saber de carácter astrológico de vital importancia a lo largo de la vida del hombre maya.

Las fiestas y ceremonias, según los testimonios que hay de ellas durante la época postclásica, no sólo están fijadas por los cómputos, sino que son también en ocasiones el momento preciso en que los *ah kinob*, los sacerdotes del sol y del tiempo, dan a conocer sus pronósticos. Por ejemplo, durante la fiesta del mes *Uo*, como lo refiere Landa, los sacerdotes:

sacaban sus libros y los tendían sobre las frescuras que para ello tenían e invocando con sus oraciones y su devoción a un ídolo que llamaban *Kinich ahau* (el señor del ojo solar), del cual dicen fue el primer sacerdote, y ofrecíanle sus dones y presentes... Y hecho esto, abría el más docto de los sacerdotes un libro y miraba los pronósticos de aquel año y los declaraba a los presentes y predicábales un poco encomendándoles los remedios...⁹²

Quien reconoce las presencias de los distintos momentos-deidades, “encontrará los remedios”, podrá buscar gracias a los ritos y sacrificios, y con el auxilio de los cómputos, sobre todo del *tzolkin*, “la cuenta de los días”, los sinos favorables, aquellos que en conjunción con los rostros adversos, neutralizan los influjos contrarios. Así es posible escapar al fatalismo absoluto y se abre la puerta al saber capaz de dirigir a los hombres hacia coyunturas mejores. A los sacerdotes compete descubrir estas relaciones entre los momentos de *kinh* y los destinos humanos. Ellos señalan cuáles son los días fastos para ceremonias como la de la imposición del nombre, el ingreso a los centros de educación, la celebración del matrimonio, la iniciación de una guerra, la consagración de un gobernante.

Pero, aunque las posibilidades de predicción astrológica y las medidas de los ciclos agrícolas explican al parecer en su origen la preocupación por el tema del tiempo, circunscribir a sólo esto el pensamiento de los sabios no sería hacerle justicia. Juntamente con el afán astrológico, coexiste el saber que, por el camino de los símbolos ineludibles, ha encontrado los módulos para pensar y medir al universo desde el punto de vista de un tiempo primordial y divino. La relación con los viejos mitos se conserva

⁹² Landa, *op. cit.*, p. 187.

y lo que es creencia y necesidad de predicción se funde con los cálculos rigurosos para dar lugar a una peculiarísima visión religioso-matemática del mundo, fruto de mentes refinadas y precisas.

Cierto es que el universo de los mayas está poblado de rostros de dioses que son fuerzas que actúan por los rumbos de colores y en las regiones celestes e inferiores. Pero a diferencia de cualquier forma de animismo, el pensamiento maya ha descubierto las medidas de los ciclos que con un orden intrínseco rigen el acontecer universal. Las fuerzas divinas ni son indeterminadas ni oscuras, su actuación puede preverse por medio de observaciones y cálculos. Como en el caso de ninguna otra cultura, los sacerdotes y sabios hacen de los cálculos del tiempo fórmulas de rito y adoración. En las inscripciones se conmemoran con rigor matemático los momentos en que la acción de los dioses-periodos se ha dejado sentir en el mundo. La elaboración de tablas de eclipses, el resultado de los cálculos expresados en inscripciones y códices, permiten a los sabios dialogar con los dioses, ordenando las ceremonias y las maneras de obrar en función de lo que habrá de acontecer, porque conocen ya cuál habrá de ser la secuencia divina del universo.

La vida entera de los mayas se presenta así orientada por un *patrón* cultural manifiesto en el conjunto de sus instituciones relacionadas esencialmente con el tema del tiempo. En función de él prospera el culto religioso y con éste la simbología, el arte, la propia manera de ciencia y en una palabra la vida y las acciones grandes y pequeñas de todos los días. Por esto la obsesión por el tiempo llegó a ser factor aglutinante de esta cultura.

Si se insistiera en comparar el enfoque central de la visión maya del mundo, aun a sabiendas de que toda comparación puede falsear el objeto de estudio, habría que acudir a una concepción distinta y alejada, pero que al menos presenta un cierto grado de afinidad. Nos referimos a lo que parece ser el pensamiento central del *Tao Te Ching*, el célebre Libro de Tao, atribuido al sabio chino Lao Tze.⁹³ Se habla en él del camino y la norma que es realidad primordial y origen de todas las cosas. Tao es también atmósfera cósmica que todo lo invade y gobierna. El hombre jamás podrá

⁹³ Entre las más recientes versiones directas del *Tao Te Ching*, véase la preparada por R. B. Blakney, *The Way of Life, Lao Tzu, Wisdom of ancient China (Tao Te Ching)*, New York, The New American Library, 1955. Entre los numerosos estudios y comentarios acerca del concepto de Tao, puede consultarse la obra de Holmes Welch, *The parting of the Way, Lao Tzu and the Taoist movement*, Boston, Beacon Press, 1957.

comprenderlo, pero a pesar de ello debe buscarlo y, por encima de todo, debe poner su vida a tono con él. Tao es el ritmo de cuanto acontece en el mundo. La verdad y la justicia consisten en vislumbrar y seguir el camino marcado por Tao.

La breve y ligera recordación de este antiguo y alejado concepto quizás deje entrever alguna semejanza con la idea maya de *kinh*, el tiempo divino, que asimismo permea el universo y, a través de sus ciclos, gobierna el acontecer de las cosas. Como en el caso de los seguidores de Tao, también el hombre maya se esfuerza por acercarse a *kinh* y descubrir sus alternancias y secuencias para situarse en el mundo y adaptar su vida al ritmo y a los influjos del tiempo. Pero si éstas podrían ser semejanzas entre dos formas tan apartadas de pensamiento, las diferencias son muchas. Una sobre todo importa subrayar: las lucubraciones mayas acerca de *kinh* tienen su origen en las observaciones y en los cálculos. Los sacerdotes conocen lo que ha sido y lo que habrá de venir con base en cálculos en los que con precisión matemática hacen los necesarios ajustes para poner acordes las medidas del tiempo con la realidad cambiante del universo. Así, si por un momento aceptamos la hipótesis de la comparación, pronto nos sale al paso lo que es distinto por ser precisamente peculiar y propio del pensamiento maya. Para ahondar un poco en el sentido que tuvo la visión del universo temporal de los mayas en el contexto integral de su vida y su cultura, más que compararla con concepciones diferentes, es necesario atender los elementos analizados que nos han mostrado ya algunas de sus principales implicaciones.

Kinh es atmósfera cósmica con rostros de dioses que se manifiestan cíclicamente. Desde los comienzos del horizonte clásico, los sabios han encontrado los módulos que permiten medir los grandes ciclos o edades del tiempo, a través de los cuales el mundo y la humanidad han existido. Espacio y tiempo ni en el pensamiento son separables. El universo espacial es inmenso escenario en que se orientan, entran y salen, con un orden que nunca se rompe, los rostros y fuerzas que actúan. Se tiene la clave que hace posible encontrar los sentidos y enunciar los pronósticos. La norma de vida es ponerse a tono con lo que son y habrán de ser las cargas del tiempo. Como éste se computa en función del completamiento de los distintos periodos, una vez conocida la realidad entera de éstos, cabe hacer predicciones respecto de sus retornos y recurrencias. De antemano son reconocibles las presencias de las deidades portadoras del tiempo. Así es posible situarse bajo el influjo de aquellas cuyas cargas en conjunción son

favorables. Por esto los sabios y sacerdotes que conocen los misterios del calendario, son quienes muestran al pueblo lo que debe hacer, lo que es más conveniente.

Esto y mucho más significó el tiempo para la conciencia maya. Computar sus medidas es hacer desusada forma de historiografía cósmica y de mitología matemática. Como los ciclos son dioses, el saber acerca del tiempo es raíz del pensamiento teológico. Los símbolos de connotación temporal, las fechas deidades, comunican su propio sentido al mundo del arte: éste es reflejo de la tensa armonía de un universo en el cual los mascarones y las figuras de dioses ocupan lugar principal porque señalan presencias o ausencias que afectan a los humanos, de acuerdo, con los ciclos de duración definida, como casi siempre lo expresan los glifos acompañantes. Las mismas figuras humanas cuya representación prolifera en el arte de sitios como Palenque, Yaxchilán y Piedras Negras, y hasta en piezas de cerámica como en los célebres vasos de Chamá o del Petén, alcanzan su más plena significación dentro del mismo escenario en que se hace medida de las llegadas y partidas de los rostros divinos, portadores del tiempo. Si otros pueblos alcanzaron a forjar para sí diferentes visiones del mundo, ventanas para asomarse a la comprensión de su universo, los sabios mayas inventaron una cosmovisión que, por ser historia, medida y predicción de la realidad total cuya esencia es el tiempo, con mejor nombre habría que llamar *cronovisión*.

En la conciencia maya del tiempo se aúnan y reconcilian, porque puede conocerse la secuencia de sus ciclos, el universo de los dioses y el mundo de los rumbos de colores en el que viven los hombres. Aun en momentos adversos y si se quiere fatales, la *cronovisión* de los sabios permitió siempre encontrar un sentido. Tal vez por esto, con la esperanza de recobrar el antiguo sentido de su existencia o de encontrarle uno nuevo, no pocos grupos mayances sobrevivientes a la conquista rehicieron y continuaron, lo mejor que pudieron, sus ruedas de los *katunes* y sus libros de profecías. Aferrados al tema del tiempo para salvarse a sí mismos, legaron también un postrer testimonio de la antigua *cronovisión* que, con todas sus variantes, fue alma de una cultura cerca de dos veces milenaria.

Nuestra pregunta inicial acerca del porqué de los afanes cronológicos de los mayas, encuentra al menos un principio de respuesta. El arte y la ciencia mayas de medir el tiempo, originados probablemente desde antes de los comienzos del horizonte clásico, extraordinariamente desarrollados a lo largo de éste y con

atenuada vigencia hasta los últimos vestigios de calendarios mayances, todavía en uso en comunidades aisladas, integran un *patrón* cultural, apoyo de otras muchas instituciones. En él encontraron su norma la economía de la vida cotidiana, el saber astrológico, los ciclos de fiestas con sus ritos y sacrificios, el culto a los dioses, el meollo de la simbología presente en el arte y, por encima de todo, la *cronovisión* de los sabios, la concepción integral de un universo en que lo espacial, lo viviente y lo humano derivan su ser de la atmósfera siempre cambiante de *kinh*, el tiempo cíclico, suma de rostros de la divinidad.

Kinh no tiene límites pero sí recurrencias, variaciones y conjunciones de fuerzas, momentos de completamiento y de relevo de quienes traen consigo su carga. Ésta es la realidad primordial, una y múltiple a la vez, presente a través de las edades cósmicas en los cuatro rumbos y en el centro, en los pisos celestes y en los planos inferiores. Más que nadie sintió y pensó el hombre maya el cúmulo de misterios que plantea este inescapable universo cuyo sustrato más hondo es el tiempo. A través de los siglos cultivó su obsesión. Fue el suyo afán de comprender pero también saber de salvación. Así concibió sus mitos, creó símbolos, se valió del cero, inventó nuevos cálculos y afinó fórmulas de ajuste y corrección. Llegó a ser adorador de la realidad primordial, omnipresente y sin límites. Ponerse a tono con ella era el mayor interés de su vida. La sabiduría de sus sacerdotes y sabios precisamente lo llevaba a entrever su lugar en la tierra, a atisbar el misterio y a continuar siempre en busca del ritmo divino del universo.

Pasar esto por alto sería prescindir del alma de esta cultura. Porque, haciendo nuestras las ya citadas palabras de Thompson, hay que reconocer que “ningún otro pueblo en la historia ha tenido un interés tan absorbente por el tiempo como los mayas y que ninguna otra cultura ha desarrollado jamás en forma semejante una filosofía para abarcar un tema tan desusado...”,⁹⁴ y de tan reiterada presencia en todos los aspectos de su acción y pensamiento.

⁹⁴ Thompson, *The Rise...*, p. 316.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS